Los árabes le cortaron la cabeza y se la trujeron al general de la armada turquesca.

enemigos? Y cómo es posible dejar de perderse fuerza que no es socorrida, y más cuando la cercan enemigos muchos y porfiados y en su misma tierra?

Pero á muchos les pareció, y así me pareció á mí, que fué particular gracia y merced que el cielo hizo á España en permitir que se asolase aquella oficina y capa de maldades, y aquella gomia ó esponja y po-

lilla de la infinidad de dineros que allí sin provecho se gastaban, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ganado la felicísima del invictísimo Carlos V, como si fuera menester para hacerla eterna, como lo es y será, que aquellas piedras la sustentaran.

Perdióse también el fuerte; pero fuéronle ganándole los turcos palmo á palmo, porque los soldados que lo defendían, pelearon tan valerosa y fuertemente, que pasaron de veinticinco mil enemigos los que mataron en veintidos asaltos generales que les dieron.

Ninguno cautivaron sano de trescientos que quedaron vivos, señal cierta y clara de su esfuerzo y valor, y de lo bien que se habían defendido y guardado sus plazas. Rindióse á partido un pequeño fuerte ó torre que estaba en mitad del estaño, á cargo de Don Juan Zanoguera, caballero valenciano y famoso soldado.

Cautivaron á Don Pedro Puertocarrero, general de la Goleta, el cual hizo cuanto le fué posible por defender su fuerza, y sintió tanto el haberla perdido, que de pesar murió en el camino de Constantinopla, donde le llevaban cautivo. Cautivaron ansimismo, al general del fuerte, que se llamaba Gabrio Cervellón, caballero milanés, grande ingeniero y valentísimo soldado.

Murieron en estas dos fuerzas muchas personas de cuenta, de las cuales fué una Pagán de Oria, caballero del hábito de San Juan, de condición generoso, como lo mostró la suma liberalidad que usó con su hermano el famoso Juan Andrea de Oria, y lo que más hizo lastimosa su muerte, fué haber muerto á mano de unos alárabes, de quien se fió viendo ya perdido el fuerte, que se ofrecieron de llevarle en hábito de moro á Tabarca, que es un portezuelo ó casa que en aquellas riberas tienen los genoveses que se ejercitan en la pesquería del coral, los cuales alárabes le cortaron la cabeza y se la trujeron al general de la armada turquesca, el cual cumplió con ellos nuestro refrán castellano: que aunque la traición aplace, el traidor se aborrece; y así se dice, que mandó el general ahorcar á los que le trujeron el presente, porque no se le habían traído vivo.

Entre los cristianos que en el fuerte se perdieron, fué uno llamado Don Pedro de Aguilar, natural no sé de qué lugar de Andalucía, el cual había sido alférez en el frente, soldado de mucha cuenta y de raro entendimiento; especialmente tenía particular gracia en lo que llaman poesía. Dígolo porque su suerte le trujo á mi galera y á mi banco, y á ser esclavo de mi mismo patrón; y antes que nos partiésemos de aquel puerto, hizo este caballero dos sonetos á manera de epitafios, el uno á la Goleta y el otro al fuerte; y en verdad que los tengo de decir, porque los sé de memoria, y creo que antes causarán gusto que pesadumbre.

En el punto que el cautivo nombró á Don Pedro de Aguilar, Don Fernando miró á sus camaradas, y todos tres se sonrieron, y cuando llegó á decir de los sonetos, dijo el uno:

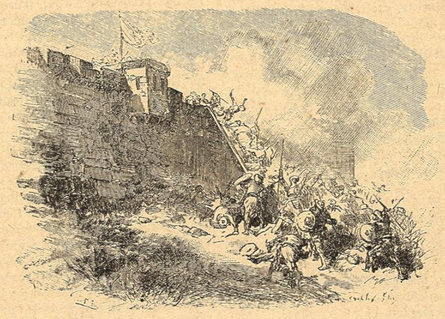
—Antes que vuestra merced pase adelante, le suplico me diga qué se hizo ese Don Pedro de Aguilar, que ha dicho.

—Lo que sé es, respondió el cautivo, que al cabo de dos años que estuvo en Constantinopla, se huyó en traje de arnaute con un griego espía, y no sé si vino en libertad, puesto que creo que sí, porque de allí á un año ví yo al griego en Constantinopla, y no le pude preguntar el suceso de aquel viaje.

—Pues así fué, respondió el caballero, porque ese Don Pedro es mi hermano, y está ahora en nuestro lugar bueno y rico, casado y con tres hijos.

—Gracias sean dadas á Dios, dijo el cautivo, por tantas mercedes como le hizo, porque no habrá en la tierra, conforme mi parecer, contento que se iguale á alcanzar la libertad perdida.

—Y más, replicó el caballero, que yo sé los sonetos que mi hermano hizo.

Dígalos [redacted] pues vuestra merced, dijo el cautivo, que los sabrá decir mejor que yo.

—Que me place, respondió el caballero, y el de la Goleta decía así: